

MI EXPERIENCIA SOBRE LA OBSERVACION DE LA TORTUGA

Soy una practicante de la escuela N° 98 en mi último año como estudiante. La clase que comparto con la maestra es un primer año.

Como muchos de nosotros, estoy en permanente búsqueda para que la tarea educativa sea más amena y fructífera en este dialéctico contacto entre teoría y práctica.

Fue, una experiencia vivida en una unidad de trabajo, lo que me llevó a una profunda reflexión en cuanto al método de cómo encarar las Ciencias naturales en un aula. Y ésto es lo que quiero compartir con ustedes futuros colegas.

PRIMER INTENTO

16

Todo partió de una unidad de trabajo: «Los Animales»

La primera observación planificada era observar tortugas. Pues bien, conseguimos 3 tortugas, 2 marinas y 1 terrestre. Según el método de procesos se debía cultivar la observación. En grupos pequeños los niños iban observando ordenadamente, según indicaban mis objetivos. Utilizaban los diferentes sentidos y escribíamos en el pizarrón aquello que iban aportando. Pero la clase no salió como yo esperaba. Me surgieron muchas interrogantes: ¿es que era muy ambicioso pretender una dinámica grupal en primer año?, ¿es que debía cultivar la observación por la observación misma, separándola de mi plan de trabajo?

Entonces como no había obtenido la respuesta esperada (porque ni había hecho aporte alguno a la observación de los niños, como método, ni se habían familiarizado con el animal como yo pretendía) decidí optar por priorizar la observación aisladamente.

JUGAMOS CON LOS SENTIDOS

Esta búsqueda, la conversación enriquecedora con personas más experimentadas, y el leer materiales de Lagomarsino, de Ratto de la Revista de la Educación del Pueblo, me fueron muy valiosas.

Entonces planifiqué una actividad en la que «jugábamos con los sentidos» a descubrir distintas cosas.

Preparé una caja repleta de objetos de toda clase: un reloj, campanas, algodón, una lija, azúcar, sal, maníes, caramelos, cucharas, tenedores, muñecos, una flauta, lápices, un perfume, frutas, una piedra, etc.

Ellos pasaban de a uno y con los ojos vendados debían «adivinar» qué tenían delante utilizando un sentido en primer lugar, luego dos y así sucesivamente hasta ir integrándolos y lograr una percepción más global.

Así fueron descubriendo que no podemos apreciar algo y conocerlo a partir de un solo sentido, cuando utilizando la vista solamente no pudimos discriminar sal fina de azúcar impalpable fue necesario usar el gusto y el olfato para distinguirlos bien.

Resultó una actividad divertida y con mucha participación. Además me pareció válida porque logré un objetivo básico que los niños tomaran conciencia de las posibilidades perceptivas que tienen para conocer y al mismo tiempo advirtieran cómo funcionan los sentidos, cuáles son y dónde están. Pero la observación de las tortugas seguía inquietándome. Ahí había fracasado.

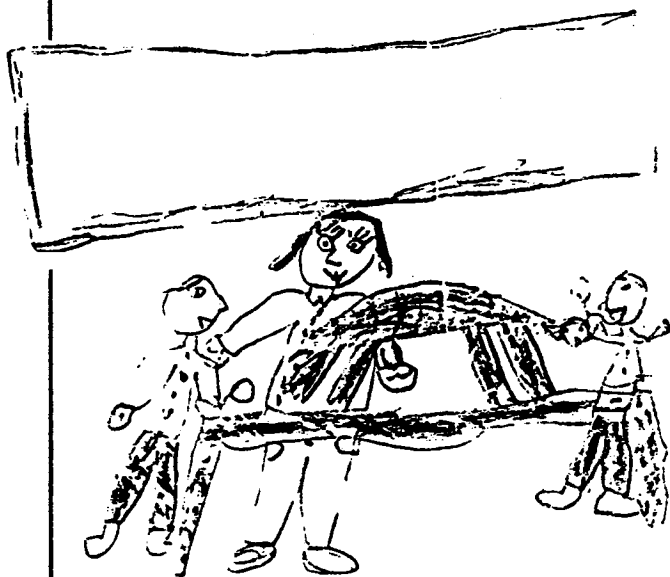
DE NUEVO LAS TORTUGAS

No me di por vencida y volví a encarar la observación.

Llevé a la clase los siguientes materiales: dos hojas para cada niño, lupas, por supuesto las tortugas y también juegos didácticos.

Al comenzar cada alumno dibujó una tortuga (antes de la observación). Así podría saber qué sabían de ellas y me serviría para la evaluación al finalizar la actividad, porque luego de la observación dibujarían otra vez una tortuga.

La propuesta era trabajar en una dinámica grupal. Para organizarla pregunté: ¿Qué hay que hacer para trabajar en



orden? De los niños surgió la idea de establecer reglas que anotamos en el pizarrón. Las fueron votando una por una, luego de opinar por qué les parecía que debíamos aceptarlas y por qué no.

Quedaron escritas las que fueron aprobadas por todos y que acá transcribo:

- 1) NO pegarse. 2) Hablar en voz baja. 3) No ensuciar el salón.
- 4) Cuidar los materiales de la clase. 5) No hablar todos a la vez.

También surgieron (y yo no lo esperaba) sanciones para aquellos «que no hagan caso y se hagan los vivos», según dijeron y también las escribimos y votamos. Las aprobadas fueron éstas: 1) Tiene más deberes. 2) Salir del salón y pensar y refrescarse. 3) Sin recreo.

Dividimos la clase en 7 grupos de cuatro niños cada uno por afinidad, pero no había siete tortugas. Opté por ubicar todas las tortugas juntas y que los niños pasaran por grupos a observarlas.

Pero ¿qué harían los otros grupos mientras tanto?

Ya lo había previsto. Como la escuela cuenta con juegos didácticos (puzzles, de encastre, materiales para armar, libros de cuentos, dominó, lotería, juegos de caja, etc.) decidí distribuirlos. Los elegí porque es un material que no todos los maestros usan y que encanta a los niños. Los entretiene y favorecen el desarrollo del pensamiento, de destrezas motoras y lo que es más importante: el intercambio con sus compañeros.

El grupo que debía observar se ubicaba cerca del escritorio donde estaban las tortugas desplazándose, nadando, caminando, comiendo, etc.

¿Cuál era mi función? En primera instancia la de una observadora más, dejando que espontáneamente los niños las fueran manipulando, preguntándose cosas, viendo su cuerpo, sus formas, etc. Luego le facilitaba lupas para quien quisiera usarlas. Todos sintieron curiosidad por probar cómo se ven las uñas de las tortugas con una lupa, y cómo son sus ojos. Se dieron cuenta solos que si se aleja del ojo la lupa se ve mejor y frente a la novedad toda la clase se enteró y probó.

Uno de los grupos tenía curiosidad por saber cómo nadan y llenaron la palangana de agua y las vieron moverse. Contamos algunas burbujas que se desprendían de las fosas nasales, ¿por qué le salen burbujas? -preguntó una niña. A lo cual respondió un chico rápidamente. Está respirando, ¿no te das cuenta?

Todos los descubrimientos se compartieron con el resto o porque mientras jugaban con el material didáctico se hacían un ratito para curiosear o en la puesta en común.

La tortuga terrestre tenía hambre y la fueron alimentando.

Vieron que tenía lengua y cómo cortaba las hojas de lechuga. Un niño la convidó con alfajor de chocolate pero no le gustó.

Si uno de los grupos no respondía con curiosidad, llamábamos a otros compañeros para que nos contaran qué habían observado para motivarlos. Surgieron muchísimas cosas: Le tomaron el peso comparándolo con una lupa, con un cuaderno, con las otras tortugas (la más pesada era la de tierra). Miramos fotos de otras tortugas: nadando, depositando huevos, grandes, pequeños.

Cuando los grupos terminaron de pasar hicimos una conversación entre todos. Cada equipo contaba algo que le había gustado o que le había interesado o que no le había gustado.

Realmente me sorprendí con todo lo que dijeron. Un grupo dio vuelta una tortuga y descubrió cómo se le inflaba el cuello y las extremidades contra el caparazón; el peto era algo curvo y al tocarlo era «un poco lisito»; Les encantó darle de comer y no les gustó cuando orinó la mesa. (Estos son algunos comentarios, pero fueron muchos).

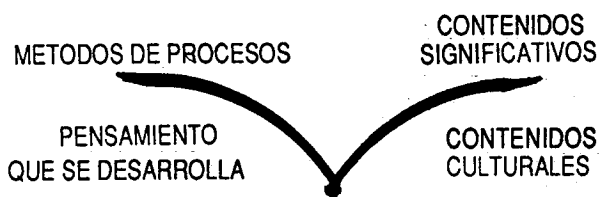
Después dibujaron y pudimos comparar los dibujos.

La tortuga que habían dibujado antes era diferente en casi todos los niños de la que dibujaron luego de esta actividad. Algo había pasado: a éstas tortugas las habían observado realmente.

Concluí en que: el proceso de observación tiene que estar íntimamente relacionado con un contenido significativo que motive al niño a descubrir más y más.

De ambos surge el conocimiento y la capacidad de pensamiento y reflexión que queremos cultivar.

Existe por mí una postura intermedia:



Sólo así los niños que salen de las escuelas tendrán los instrumentos intelectuales que requiere la sociedad actual.

Graciela Villar
Practicante de 4º año del
Instituto Normal de Montevideo

